

Gabriel Richi Alberti

Alegría para el tiempo y para la eternidad

El horizonte infinito del amor

didaskalos

92

GABRIEL RICHI ALBERTI

ALEGRÍA PARA
EL TIEMPO Y
PARA LA ETERNIDAD
EL HORIZONTE INFINITO
DEL AMOR



Imagen de cubierta: Vincent van Gogh, *Paisaje con pareja caminando y luna creciente*. 1890.
Postimpresionismo. Óleo sobre lienzo. Museo de Arte Moderno de
Sao Paulo, Brasil. Lugar de creación: Saint-Rémy-Blanzy, Francia.

Primera edición: septiembre 2024

Autor: ©Gabriel Richi Alberti

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-21445-2024

ISBN: 978-84-19431-47-9

Maquetación: Juan Carlos Adame

Impresión y encuadernación

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

Índice

	<u>Págs.</u>
INVITACIÓN A LA LECTURA.....	7
ALEGRÍA PARA EL TIEMPO Y PARA LA ETERNIDAD	11
ENAMORARSE	19
AMAR SEGÚN EL DESIGNIO DE DIOS	29
AQUEL QUE PUEDE CUMPLIR EL CORAZÓN DEL HOMBRE	39
VIVIR EN LA VERDAD.....	51
LA MORADA DEL AMOR	67
EL HORIZONTE DEL AMOR.....	79

Invitación a la lectura

No nos tiene que extrañar que la propuesta de un libro sobre el noviazgo –y, por tanto, sobre el matrimonio– pueda ser considerado un acto de absoluta ingenuidad. Ante todo, porque si actualmente tenemos que hacer cuentas con un problema concreto, en este ámbito, es el de la progresiva desaparición del matrimonio. Hoy, en efecto, se casa cada vez menos gente. Con lo que hablar de noviazgo puede parecer un poco superfluo.

Demos, sin embargo, por válida esta opción.

La segunda cuestión que nos tenemos que plantear es cómo o, mejor aún, desde dónde hablar del noviazgo. Vivimos en una cultura caracterizada por el exceso de información, también en el ámbito de las relaciones humanas, en el ámbito afectivo. Por ello, hay que valorar bien la utilidad de proponer otro recorrido sobre las dimensiones biológicas, psicológicas y sociales de nuestro ser hombres o mujeres y, por tanto, del noviazgo. Para empezar, ya no es posible partir de una comprensión común-

mente aceptada de las componentes de la sexualidad humana: lo que normalmente se conoce como sexo, identidad de género y orientación sexual. Al contrario, la confusión sobre dichos temas es el pan nuestro de cada día. Además, y en cualquier caso, no faltan contribuciones sobre todo ello que podrán ser leídas con mucho provecho¹.

Así que conviene presentar explícitamente la perspectiva que vamos a proponer. Estas páginas sobre la relación hombre-mujer, sobre el noviazgo y el matrimonio, parten de la escucha de un testigo. Se trata del escritor francés Léon Bloy (1846-1917), hombre de profunda fe, y de las cartas que escribió a Jeanne, la que llegaría a ser su mujer. Son cartas en las que se despliega el horizonte infinito del amor entre el hombre y la mujer.

¿De dónde nace una experiencia amorosa tan plena, tan fascinante como la que se refleja en estas cartas? Sin lugar a duda, de la experiencia de fe de sus protagonistas. Por eso, las páginas que siguen al primer capítulo, dedicado a escuchar el testimonio de Bloy y cuyo título recoge unas palabras de Jeanne –las mismas que dan título a todo el volumen– buscan iluminar y profundizar esa experiencia amorosa a partir de su fuente: la fe cristiana y la visión que nos ofrece a la hora de contemplar el misterio del amor humano. Y lo hacen a partir de la lectura eclesial de la Escritura acompañada por el testimonio del genio literario. Ello hace que este volumen tenga la pretensión de ofrecer un camino, es decir, busque favorecer que la razón comprenda y que la libertad se pon-

¹ Una lectura muy recomendable para acercarse a la bella complejidad de la sexualidad humana se encuentra en este volumen recientemente publicando en español: A. FRIGERIO, *El enigma de la sexualidad humana* (BAC, Madrid 2024).

ga en juego con la verdad del amor entre el hombre y la mujer tal y como se nos ha manifestado en Jesucristo. Por ello, estas páginas pueden ser una ayuda para juzgar la experiencia amorosa a la luz de la fe y, al mismo tiempo, para profundizar en dicha experiencia, también a través de la súplica. De hecho, son páginas que tienen su origen remoto en una tanda de ejercicios espirituales para novios predicada en el Patriarcado de Venecia.

Muchas veces hemos escuchado estas célebres palabras de Antoine Saint-Exupéry, presentes en su obra *Citadelle*: «Si quieres construir un barco, no empieces por buscar madera, cortar tablas o distribuir el trabajo. Evoca primero en los hombres y mujeres el anhelo del mar libre y ancho». Pero no por conocidas, son menos verdaderas. No creo exagerar si, al menos en muchas ocasiones, lo que se echa en falta en las relaciones de noviazgo es horizonte, horizonte ancho y dilatado, es más, infinito. Un horizonte que, sin embargo, está presente en la misma relación amorosa. En este sentido, el lector encontrará citadas más adelante unas palabras de Azorín muy iluminadoras: «Y yo veía entonces, y he visto luego, alguna de estas mujeres misteriosas que, como el mar azul que se ensanchaba ante mi vista, me hacía pensar en lo Infinito». Aun corriendo el riesgo de poder ser considerado impertinente, me arriesgo a repetirlo: en no pocos noviazgos falta ese horizonte infinito que hace respirar a pleno pulmón. Ese horizonte que solo puede ser abierto a la luz del designio de Dios en Jesucristo, es decir, de su voluntad de hacernos hijos suyos, de hacernos participar de su misma vida. Ese horizonte que se aprende compartiendo cotidianamente la vida de la comunidad cristiana.

A indicar la posibilidad realísima de vivir según este horizonte infinito –el mismo que vivieron León Boy y Jeanne en su noviazgo– están dedicadas estas meditaciones. Si llegan a ser una ayuda para alguien, habrán cumplido con creces su tarea.

Gabriel Richi Alberti

Memoria de San Joaquín y Santa Ana.

Alegría para el tiempo y para la eternidad

A veces pensamos, incluso sin ser muy conscientes de ello, que las cosas más importantes de nuestra vida son simplemente “espontáneas”, que es posible vivirlas a fondo sin aprenderlas, sin hacer un camino que introduzca, poco a poco, nuestra razón y nuestra libertad en la verdad de las cosas. Pero basta comenzar a vivir para darse cuenta de que no es así.

Y una de las experiencias más fundamentales en las que podemos dejarnos llevar por este equívoco es precisamente la experiencia del amor entre el hombre y la mujer, la experiencia del ser amado y del amar. Lo que nos cuentan las películas, al menos muchas veces, no es verdad.

Todos necesitamos testigos que nos ayuden a poner nombre a las cosas, que nos abran camino, que nos indiquen una vía que sea posible recorrer en primera persona.

Uno de esos testigos es Léon Bloy: un cristiano inconformista, radical, amigo intransigente de sus amigos. Un hombre que se enamoró profundamente de la que llegaría a ser su mujer y que hizo un camino que puede ser para todos.

Este cristiano singular, gracias a su mujer, nos ha dejado un legado que merece la pena conocer. Nos referimos a las cartas que escribió a su novia¹.

Las cartas –fechadas entre 1889 y 1890– fueron publicadas por Jeanne, su mujer, pocos años después de la muerte de Léon Bloy, acaecida en 1917, como un acto de testimonio. Para poder disfrutarlas y reconocer el camino que abren ante nosotros, es importante que no nos frene la distancia expresiva y de sensibilidad de los más de cien años que nos separan de este epistolario.

En la dedicatoria del volumen, Jeanne nos abre una senda para introducirnos en la intensidad afectiva y cristiana de las cartas de su futuro marido. Hablando del matrimonio, del “amor sobrenatural” como ella dice, lo describe con estas palabras: «alegría para el tiempo y para la eternidad». A medida que leemos estas cartas, nos damos cuenta de que esta “alegría” es el resplandor de la salvación.

¿Por qué las *Cartas a mi novia* de Léon Bloy pueden iluminar la verdad del amor, del noviazgo y del matrimonio? El libro nos ofrece innumerables matices, sugerencias, indicaciones... Algunas nos arrastran y fascinan, otras nos chocan y obligan a pensar, a juzgar con detenimiento. Es un libro de gran belleza, de esa belleza que no te permite estar a tus anchas, porque te hace intuir que algo debes cambiar.

¹ Cf. L. BLOY, *Cartas a mi novia* (Nuevo Inicio, Granada 2008).

Sin duda, la fascinación que provocan las cartas nace de la radicalidad de la experiencia de su autor. Su diario de los años 1910-1912 se llama *El peregrino de lo absoluto*, título que le describe perfectamente. El encuentro con una joven danesa, protestante, y el camino de amor que inicia y que tiene como horizonte, desde su mismo origen, el matrimonio, no admite término medio: o todo o nada. El mismo Bloy es muy consciente de ello: «Te has burlado un poco de mis expresiones absolutas, y eso me vuelve tímido, pues no sé expresarme de otro modo. Añado incluso que no puedo sentir de otro modo y si tú no lo ves, te falta clarividencia»².

En el camino amoroso del matrimonio según el designio de Dios no hay espacio para acomodamientos burgueses, para medianías. De hecho, en una de sus cartas Bloy afirma: «Estamos en una época del mundo en la que hay que decirlo todo»³. Esta pasión por lo absoluto no es, sin embargo, simple denuncia. Las cartas de Léon Bloy abren ante nosotros el horizonte de la vocación y de la misión del matrimonio y de la familia en la Iglesia y en el mundo. Veamos algunos elementos particularmente iluminadores.

Jeanne es para Léon un don y un don salvífico. A través de todas sus cartas lo repite una y otra vez: esta mujer le ha sido dada por Dios como signo eficaz de su presencia salvadora. Por eso afirma sin dudar: «Qué admirable eres para mí y qué maravillosamente has sido escogida por el Dios de las misericordias para consolarme (...). Los dones de Dios son su-

² Ibid., 163.

³ Ibid., 108.

blimes y todos mis sueños han sido superados»⁴. En efecto, la presencia de Jeanne es indicación y compañía para el camino, devuelve a Léon a la verdad de sí mismo: «Ocurre, no sé cómo ni por qué, que tú reavivas en mi espíritu lo que parecía extinguido y que con ocasión de ti reencuentro lo que se había oscurecido»⁵. Y aún más explícitamente afirma: «Ya te lo he dicho: tú me has llevado a Dios, a través tuyo me ha vuelto el espíritu de oración»⁶. He aquí la razón de la profundidad del amor de Léon por Jeanne, es un amor de agradecimiento por la misericordia recibida: «Lo que hace mi amor por ti tan potente, amada mía, es que no has sentido asco ante mi oscuridad y mi miseria»⁷.

De gran belleza son las líneas con las que Bloy describe la experiencia de la unidad entre el amor a Dios y el amor a la propia mujer. Dios y el afecto humano, en efecto, no están en alternativa: «Usted me ha escrito: amo a Dios más que usted. Niña querida. ¿Qué sabrá usted? Yo no podría escribirle eso, porque me sería imposible realizar esa división. Yo amo a Dios en usted, para usted, a causa de usted y yo la amo perfectamente en Dios, como un cristiano debe amar a su esposa, y la idea de separar de cualquier manera esta bella llama de amor no cae bajo el discernimiento de mi espíritu. Amémonos, pues, mi pequeña Jeanne, con entera simplicidad, sin ningún vano análisis, a la manera en que quiere Dios, no tengamos miedo

⁴ Ibid., 93.

⁵ Ibid. 121.

⁶ Ibid., 137.

⁷ Ibid., 188.

del Amor que es el Nombre mismo del Espíritu Santo y aguar- demos así con valor la voluntad de Quien nos ha formado para su Gloria y que no nos ha sacado de la nada por el placer de torturarnos»⁸. De este modo, la recíproca y exclusiva pertenencia de marido y mujer son una sola cosa con su mismo pertenecer a Dios: «Pertenece al Dios de los cielos y eres mía para la vida y para la eternidad»⁹. O dicho de otro modo: «¡La alegría perfecta! ¿Comprendes esto, adorada mía? ¡Dios y nosotros! La vida divina y la vida humana completamente realizadas a la vez por nuestra unión»¹⁰.

El camino que recorre el amor de Léon por Jeanne tiene muy clara la meta. Es el matrimonio y resplandece como experiencia de totalidad para siempre: «pronto estaremos unidos el uno al otro completamente y para siempre. Adorada mía, me parece que en ese momento me volveré loco de alegría»¹¹. Y en otra carta añade: «Estamos ahora comprometidos de una manera tan absoluta como si hubiéramos recibido el sacramento del matrimonio que debe darnos tanta felicidad. Tú eres mía y yo soy tuyo de por vida, pase lo que pase»¹².

Léon –que ama apasionadamente a su novia: «tengo hambre y sed sobre todo de tu presencia, de tu persona tan querida a mi corazón enfermo»¹³– es consciente tanto de su debilidad como del horizonte de la verdad, y no lo esconde: «Siendo un

⁸ Ibid., 27.

⁹ Ibid., 80.

¹⁰ Ibid., 198.

¹¹ Ibid., 52.

¹² Ibid., 55.

¹³ Ibid., 144.

pobre niño lleno de miserias, no te prometo ser siempre irreprochable, pero siento que tú eres verdaderamente “la que amo” y veo claramente que ninguna otra mujer podría darme la felicidad que espero de ti»¹⁴.

Un último aspecto que subraya con fuerza nuestro autor es el horizonte misionero del matrimonio. Misión no en el sentido de que “se tenga que hacer algo”, sino como reconocimiento de que marido y mujer son instrumentos del designio de salvación de la Trinidad: «el encuentro querido por Dios de nuestros dos corazones, absolutamente llenos de Él, es un acontecimiento muy considerable cuyas consecuencias pueden ser infinitas. No dude que tenemos un lugar muy importante en el plan divino y que lo que nos queda por hacer, en verdad, es consentir amorosamente en llegar a ser instrumentos de su Voluntad infalible»¹⁵.

A lo largo de las páginas de este epistolario asistimos al desvelarse de una intensidad afectiva incomparable. Más se afirma el vínculo con Aquel que ha hecho que se encuentren, más crece la experiencia apasionada del amor recíproco. Por esta razón vale la pena concluir citando una confidencia de Bloy en una de sus últimas cartas. Confidencia que llena de ternura al descubrir en este hombre, verdaderamente atravesado por la conciencia del drama de la existencia, un corazón de niño: «Es cierto que hemos tenido algunos momentos de debilidad de los que casi no pudimos defendernos. Dios, que es admirable en sus caminos, se ha servido de ellos para humillarnos con bondad y para aumentar más nuestro amor. Pero hemos sido bien custodiados y, en

¹⁴ Ibid., 146.

¹⁵ Ibid. 23.

suma, nos presentaremos en el altar sin tener que ruborizarnos por el recuerdo de ninguna falta grave. Seremos exactamente lo que hay que ser y nos cambiaremos el anillo nupcial con nuestros corazones puros»¹⁶.

La experiencia de plenitud afectiva de la que dan testimonio las cartas de Léon Bloy a Jeanne, su futura mujer, está al alcance de cada uno de nosotros. Nace de la fe vivida en la comunidad cristiana. Y se propone a nuestra razón y a nuestra libertad como un camino a recorrer. A comprender mejor este camino para poder recorrerlo con mayor decisión están dedicados los siguientes capítulos.

¹⁶ Ibid., 199.

Enamorarse

«Pasé otra vez a tu lado, te vi en la edad del amor; extendí mi manto sobre ti para cubrir tu desnudez. Con juramento hice alianza contigo —oráculo del Señor Dios— y fuiste mía» (Ez 16,8). Para ayudar al pueblo de Israel a intuir la potencia de la preferencia gratuita del amor de Dios, el profeta no teme recurrir a una de las experiencias más comunes de la existencia de los hombres. Las palabras de Ezequiel, en efecto, hacen referencia inmediata al enamoramiento. La imagen que usa es, en cierto sentido, bastante sobria y, sin embargo, dice lo esencial.

«Pasé otra vez a tu lado y te vi»: enamorarse es, ante todo, un acontecimiento, algo que sucede. O por ser más precisos: el enamoramiento acontece encontrándose con una persona. Ningún hombre ni ninguna mujer pueden producirlo: sucede con la fuerza del imprevisto, de la sorpresa. Posee el sabor de lo gratuito, más aún, de lo inmerecido.

«Te vi en la edad del amor»: esta frase del profeta recoge toda la profundidad de la atracción. La *edad del amor* nos habla de la fascinación que la belleza de la mujer provoca en el enamorado. Y esta es una experiencia común a hombres y mujeres.

«Extendí mi manto sobre ti... y fuiste mía»: encuentro, fascinación y decisión. El enamoramiento pone en marcha a quien se enamora, mueve su libertad, empuja a decidir, es decir, a adherirse a la belleza encontrada.

Es impresionante intuir esta posibilidad de conocer un poco más el misterio de Dios y de su amor a través de una experiencia que vivimos en la trama ordinaria de la vida. Pero es impresionante, no solo porque nos ayuda a comprender la “cercanía del Misterio”¹, sino sobre todo porque desvela la profundidad de la experiencia humana elemental: en nuestra vida hay algo más de lo que normalmente pensamos y tenemos presente. Y no podría ser de otro modo «pues en él vivimos, nos movemos y existimos; así lo han dicho incluso algunos de vuestros poetas: “Somos estirpe suya”» (Hch 17,28).

a) *Aparición*

La literatura nos ofrece innumerables descripciones del fenómeno del enamoramiento. Pero no solo. Con cierta frecuencia, los hijos someten a sus padres, con curiosidad, a un verdadero interrogatorio sobre el cuándo y el cómo se vieron por

¹ Este es el título de un bellissimo libro de homilías y meditaciones del cardenal Angelo Scola: *La vicinanza del Mistero* (Lateran University Press, Roma 2001).

primera vez –dónde estaban, quién les presentó, qué hicieron después...–, intuyendo la naturaleza de promesa que estaba escondida en ese primer encuentro.

Podemos leer en paralelo las palabras de Ezequiel y la descripción del encuentro entre Beatriz y Dante, que el poeta narra en *La vida nueva*: «Después que hubieron pasado tantos días, que a punto estaban de cumplirse nueve años después de la sobrecrita aparición de esta nobilísima, en el último de estos días ocurrió que esta admirable mujer apareció ante mí vestida de un blanquísimo color, en medio de dos nobles mujeres, que eran de mayor edad; y pasando por una calle, volvió los ojos hacia aquella parte en la que yo muy temeroso me encontraba, y por su inefable cortesía, que es hoy recompensada en el gran siglo, me saludó muy virtuosamente, tanto que me pareció ver entonces todos los términos de la bienaventuranza. La hora en que me alcanzó su dulcísima salutación, era con certeza la hora nona de aquel día»². También Beatriz *pasó al lado de Dante y volvió los ojos hacia él* y este acontecimiento marcó un cambio radical en la existencia del poeta.

El encuentro con Beatriz, absolutamente gratuito –Dante lo indica con expresiones como *aparición, apareció ante mí...*– trajo consigo la semilla del cumplimiento definitivo: *me pareció ver entonces todos los términos de la bienaventuranza*. Más adelante, el poeta insistirá en esta percepción del prodigioso don que ha recibido: «y parece una cosa que viniese del cielo a tierra por mostrar milagro»³.

² DANTE ALIGHIERI, *La vida nueva* III (Cátedra, Madrid 2003) 95.

³ *Ibid.*, XXVI, 311.

Este encuentro determinó hasta tal punto la vida de Dante que en su memoria quedaron imborrablemente impresas sus coordenadas temporales: *La hora en que me llegó su dulcísimo saludo fue precisamente la nona de aquel día*. Este detalle no puede no recordarnos lo mismo que sucedió al discípulo amado, al describir su primer encuentro con Jesús: «Él les dijo: “Venid y veréis”. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima» (Jn 1,39).

Pero esto es solo un inicio. El enamoramiento *acontece*, sucede, pero no como si fuera una enfermedad mortal; *no determina* la vida de manera que no podamos decir ni hacer nada con ello. Nada más lejos de la verdad del enamoramiento que la imagen romántica que hoy ha llegado a ser mentalidad dominante⁴. Es verdad que el enamoramiento *acontece*, te sucede, y que no puedes hacer nada para que no sea así: hasta aquí no caben dudas. Pero esto es solo un inicio, una provocación que pone en juego, en movimiento, tu libertad, tu humanidad. Es necesario hacer un juicio de valor sobre lo que ha acontecido, es decir, es necesario afrontarlo con toda nuestra humanidad.

⁴ Un ejemplo de la imagen romántica del amor es cuanto sucede a Dom Claude en el célebre romance *Notre Dame de Paris*: «Yo te amo, y el cielo sabe que digo la verdad. ¿No asoma en mi exterior el fuego que abrasa mi corazón? ¿No merece tu compasión que yo sufra de día y de noche? Amar de noche y de día como yo amo, es padecer una cruel tortura. Sufro muchísimo y merezco compasión, te lo aseguro. Ya ves que hablo con dulzura y que no quisiera causarte horror. Al fin y al cabo el hombre que ama a una mujer no tiene culpa. (...) Soy doctor, y hago escarnio en la ciencia; soy noble, y prostituyo mi nombre: soy sacerdote, y hago del misal almohada de mi lujuria, y todo esto lo hago por ti, por ser digno de tu infierno, ¡y tú desdeñas al condenado!», VÍCTOR HUGO, *Nuestra Señora de París* XI, 1 (Alba, Madrid 2000) 498-499.

b) *Un juicio de valor*

Un contemporáneo de Dante, Guido Guinizzelli, expresa la potencia del enamoramiento con estos versos: «Me asalta el amor y ya no considera si es pecado o, en cambio, merced». Parece así y, sin embargo, no es verdad. No es verdad que el enamoramiento deba ser acogido y secundado sin tener en cuenta si supone un bien o si, en cambio, daña a quien se enamora. Por el contrario, el enamoramiento pide que su protagonista, hombre o mujer, haga un juicio de valor: ¿es pecado o, en cambio, merced? «En la raíz del afecto existe, por tanto, un juicio de valor»⁵.

La Escritura nos habla con mucha claridad de este hecho. Basta comparar lo que aconteció con Tobías y Sara y el episodio del rey David y Betsabé.

«Una tarde David se levantó de la cama y se puso a pasear por la terraza del palacio. Desde allí divisó a una mujer que se estaba bañando, de aspecto muy hermoso. David mandó averiguar quién era aquella mujer. Y le informaron: “Es Betsabé, hija de Elián, esposa de Urías, el hitita”. David envió mensajeros para que la trajeran. Llegó a su presencia y se acostó con ella, que estaba purificándose de sus reglas» (2 Sam 11,2-4).

El texto no puede ser más explícito. Algo sucede: David pasea y ve a una mujer muy bella; se encapricha de ella y decide apropiársela. Podríamos decir que “se enamora” e, instintivamente, va detrás de ella sin afrontar la “fatiga” de un juicio de valor sobre el encuentro que ha tenido. Conocemos

⁵ A. SCOLA, *Hombre-mujer. El misterio nupcial* (Encuentro, Madrid 2001) 477.

cómo acabó la historia: Betsabé concibe un hijo y el rey hace de todo para esconder su error; después, cuando se da cuenta de que no es posible, hace que asesinen al marido. Pero el juicio de valor que David estaba llamado a dar al inicio de este episodio, y que evitó, deberá darlo más adelante. Ante el justo reproche del profeta Natán –«¿Por qué has despreciado la palabra del Señor, haciendo lo que le desagrada?» (2 Sam 12,9)–, se arrepiente y confiesa su pecado: «He pecado contra el Señor» (2 Sam 12,13). David se da cuenta de la gravedad de su pecado: no tiene que ver solo con la injusticia cometida contra Urías, traicionado en su matrimonio y además asesinado. El pecado de David fue contra el Señor, porque la experiencia del amor tiene como horizonte adecuado la relación con el Padre, la relación con ese Dios que se ha donado como esposo a su pueblo. El horizonte infinito del amor, en efecto, es el designo de Dios.

La historia de Tobías y Sara nos puede ayudar a comprenderlo mejor.

En realidad, no se puede decir que Tobías se hubiese enamorado inmediatamente de Sara, y eso que ella era «prudente, decidida y muy hermosa y su padre un hombre honorable» (Tb 6,12). Más aún, estando al corriente de lo que había sucedido en los precedentes matrimonios de su pariente Sara –los siete anteriores maridos habían muerto, por obra del demonio, en la misma noche de bodas (cf. Tb 3,8)–, Tobías estaba muy preocupado: «me han dicho que la joven se ha casado ya siete veces y que todos los maridos han muerto la misma noche de la boda al pretender acercarse a ella. Me han dicho también que es un demonio quien los mata. Tengo miedo, porque a ella el demonio

no le hace ningún daño, pero da muerte al hombre que intenta acercarse» (Tb 6,14-15). ¡No le faltaban razones para estar preocupado!

¿Por qué, entonces, se pone en movimiento y da el paso decisivo? ¿Qué es lo que le permite vencer el miedo y pedir la mano de Sara? Las palabras del arcángel Rafael introducen un factor que pone en movimiento la libertad de Tobías: «No temas, porque está destinada para ti desde la eternidad. (...) Tobías, teniendo en cuenta lo que decía Rafael (...) se enamoró intensamente de ella» (Tb 6,18-19).

Las primeras palabras que le dirigió el arcángel son palabras muy conocidas en la Escritura: «No temas». Son las mismas palabras que escuchará la Virgen (cf. Lc 1,30), que escuchará san José (cf. Mt 1,20), que Jesús dirigirá a sus discípulos (cf. Mc 6,50), y que ponen de manifiesto que siempre es posible apoyarse en el designio de Dios, en su intervención misericordiosa y salvífica en la historia de los hombres. El arcángel Rafael ayuda a Tobías a mirar su encuentro con Sara en el horizonte del designio de Dios, le ayuda a expresar un juicio de valor: *está destinada para ti desde la eternidad*. ¿Cuál es la consecuencia? *Se enamoró intensamente de ella*. En cuanto el encuentro que hemos tenido, la relación que ha comenzado, se sitúa en el horizonte del designio de Dios, la experiencia del amor se abre de par en par para sus protagonistas de una manera antes inimaginable. ¡Tobías pasa del desaliento, del echarse atrás por el miedo a perderse, a la experiencia de un amor que no puede prescindir de la presencia de la amada!

Pero para que esto suceda, hace falta un camino.

c) *El comienzo de un trabajo*

Hace falta un camino de *verificación*. Un camino para custodiar el bien encontrado, para que llegue a ser verdadero (*verificación: verum facere*), para que la atracción y la fascinación iniciales se conviertan en ayuda y vía hacia el cumplimiento de mi persona, hacia el desplegarse del designio de Dios.

Es importante reconocer la necesidad del camino porque, muchas veces, corremos el riesgo de permanecer apegados al inicio como si se tratase del todo, poniendo en peligro el mismo origen bello y bueno que nos ha impresionado. Con la agudeza que le caracteriza, Lewis nos ayuda a comprender la falsedad de absolutizar el primer encuentro, porque bloquea ese inicio en el pasado, impide que genere un camino: «Y ¿cómo podríamos tolerar la vida y dejar pasar el tiempo si siempre estuviéramos añorando el regreso de un día o de un año, si no supiéramos que cada día en una vida la llena toda con expectación y recuerdo y que estos *son* aquel día?»⁶.

El camino de la verificación consiste, entonces, en «ver cómo la vida, paso a paso –en virtud de la serie de signos que la Providencia ofrece a mi obediencia libre y pública– desvela la historia progresiva de mi vocación en el tiempo»⁷. Consiste en reconocer que cada día hace que la vida –tal y como es, con toda su concreción– se llene de esperanza y de memoria.

De esperanza, porque nos abre de par en par a la realidad, porque fortalece cotidianamente en nosotros las ganas de construir, de ser fecundos.

⁶ C. S. LEWIS, *Lejos del planeta silencioso* (Encuentro, Madrid 1994) 91.

⁷ SCOLA, *Hombre-mujer*, 474.

De memoria, porque hace crecer continuamente en nuestro corazón un agradecimiento inagotable.

Y entonces uno se da cuenta de que ese primer encuentro era solo un comienzo, lleno de promesa, totalmente gratuito y totalmente confiado a su libertad.

La relación hombre-mujer, sobre el noviazgo y el matrimonio, parten de la escucha de un testigo. Se trata del escritor francés *Léon Bloy* (1846-1917), hombre de profunda fe, y de las cartas que escribió a Jeanne, la que llegaría a ser su mujer. Son cartas en las que se despliega el horizonte infinito del amor entre el hombre y la mujer.

¿De dónde nace una experiencia amorosa tan plena, tan fascinante como la que se refleja en estas cartas? Sin lugar a duda, de la experiencia de fe de sus protagonistas. Por eso, las páginas que siguen al primer capítulo, dedicado a escuchar el testimonio de *Bloy* y cuyo título recoge unas palabras de Jeanne —las mismas que dan título a todo el volumen— buscan iluminar y profundizar esa experiencia amorosa a partir de su fuente: la fe cristiana y la visión que nos ofrece a la hora de contemplar el misterio del amor humano. Ello hace que este volumen tenga la pretensión de ofrecer un camino, es decir, busque favorecer que la razón comprenda y que la libertad se ponga en juego con la verdad del amor entre el hombre y la mujer tal y como se nos ha manifestado en Jesucristo.

Citas internas del libro.